

Semana Santa 2015. Manifiesto contra la globalización de la indiferencia

Es estadísticamente demostrable la progresiva pérdida de relevancia social e individual de la Cuaresma como tiempo penitencial de preparación a la Pascua y la también progresiva pérdida del carácter de tiempo sagrado de la Semana Santa, que se está convirtiendo para la mayoría de los ciudadanos en una semana de ocio sin vinculación alguna con los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Señor, cuya celebración propone la Iglesia desde hace casi dos milenios. Ante estas aparentemente inexorables tendencias, *Razón y fe* aporta humildemente su contribución a una reflexión colectiva que nos permita discernir lo que debemos conservar, reparar, renovar o sustituir en la celebración anual de la Cuaresma y Semana Santa. Para ello, en este editorial trazamos algunas pinceladas de la historia y de las principales implicaciones teológicas, pastorales, políticas y sociales tanto del auge como de la decadencia de estas celebraciones. Todas nuestras reflexiones son eco del aldabonazo «contra la “globalización de la indiferencia”», activado por el papa Francisco en su mensaje de Cuaresma y Semana Santa de 2015.

En el momento en que ponemos por escrito estas reflexiones se cumplen exactamente cincuenta años de aquel 7 de marzo de 1965, en que, en la iglesia romana de Todos los santos, el papa Pablo VI celebró la primera misa en lengua no latina, en este caso en italiano. Muchos vieron en la vernaculización de la lengua litúrgica un puente para acrecentar la participación de los fieles en la celebración de los sacramentos y para vincular más la religiosidad litúrgica, secularmente solo en latín, y la religiosidad popular, que se expresaba exclusivamente en la lengua hablada en cada territorio.

Hubo sociólogos de la religión que vieron en la multiplicación de las lenguas litúrgicas un desnudamiento obligado de la sacralidad heredada en todas las expresiones litúrgicas a favor de la imparable secularidad ya instada en la sociedad y que, con ese desvelamiento de lo sagrado, podría ser contenida en límites razonables. Cincuenta años después, en la misma iglesia y en la misma fecha, el papa Francisco evocó aquella primicia como «el inicio de toda la gran reforma del Vaticano II», afirmación con la que nos identificamos gozosamente.

Pero el resultado no es tan brillante como se auguraba. Al día de hoy, comprobamos que el número de fieles que participa en la liturgia no ha aumentado sino que ha disminuido en porcentajes muy preocupante, que la piedad popular sigue produciendo comportamientos difíciles de encajar en la liturgia y que la secularización no se limita a contenerse en los cauces previstos sino que los desborda impetuosamente produciendo una *inundación de indiferencia*.

Las celebraciones de cuaresmales y pascuales no pueden ser insensibles a estos efectos. En España la práctica religiosa general ha caído en cincuenta años del 60% al 18%; la participación concreta de los fieles en las liturgias cuaresmales y de Semana Santa se desplomado todavía más. En cambio, mantiene extraordinario vigor toda una serie de manifestaciones de religiosidad popular en torno a la Semana Santa, entre las que a nadie pueden pasar desapercibidas las cofradías, procesiones representaciones vivas de la pasión con la movilización espiritual, vertical y horizontal, que todas ellas conllevan.

La gota y el río de la fe

La Iglesia, al igual que la sociedad, puede compararse a un río que fluye portando los millones de gotas que lo forman. Cada gota es en sí misma una totalidad de agua, pero pronto es absorbida e invisibilizada si salpica fuera del río. El río, a su vez, nada sería sin las gotas que porta. Desde nuestra conciencia de ser gota y río en la milenaria historia de la Iglesia, hacemos un repaso sucinto del origen, sentido y evolución hasta el presente

de las celebraciones de la Semana Santa para mejor valorarla y anticipar las formas de su continuidad. Es necesario preguntarnos cómo hemos llegado a este punto y cuál o cuáles serán las pautas futuras de celebraciones litúrgicas o extralitúrgicas, de estos tiempos sagrados e incluso cuestionarse la misma existencia de tiempos marcados como sagrados en un contexto de diáspora del cristianismo entre una sociedad que ha secularizado masivamente el calendario y los espacios públicos. Ni como gota ni como río tenemos derecho a dilapidar el enorme patrimonio recibido y cualquier incuria en el cuidado de este patrimonio inmenso, sería injusta con nuestros antepasados en la fe, con nosotros mismos y con las generaciones que nos sucedan.

I. INFORMACIÓN Y ANÁLISIS: DE LA CRISTIANIZACIÓN DEL ESPACIO Y EL CALENDARIO A LA DESCRISTIANIZACIÓN DE AMBOS

Fijación y sentido de la Semana Santa

Desde los tiempos apostólicos, los cristianos celebraron la Pascua (muerte y resurrección de Jesucristo) en la fecha que el calendario judío celebraba la Pascua: el día 14 de Nisan que era el mes lunar que coincidía, o se hacía coincidir mediante la intercalación de otro mes, con la primera luna llena de la primavera. Esa inercia judaica fue pronto corregida. En el *Concilio de Nicea* (325) se decidió que, para que nunca coincidiera con la pascua judía, la Pascua cristiana se celebraría el primer domingo inmediatamente posterior al primer plenilunio de primavera, computado según el calendario solar juliano. De este modo, para los cristianos quedó aclarado que la pascua judía es signo y anticipo de la definitiva Pascua cristiana y que en esta conmemoramos, no el paso del mar Rojo hacia la libertad de una nación, sino el paso redentor de la muerte a la vida, la resurrección de Cristo liberador de todas las naciones y de todas las personas, y no en un lugar y un tiempo determinados sino en todos los rincones de la tierra y en todas las edades de la historia.

Para entender bien el propósito de los padres conciliares de Nicea es bueno recordar que, ya desde finales del siglo I, las comunidades cristianas habían sustituido el *sabbat* hebreo por el día siguiente para la celebración de la resurrección del Señor. El autor del Apocalipsis dice haber recibido la revelación un *kirioki hemera* («Día del Señor») y que, tras el Edicto de Milán (313) que puso fin a las persecuciones, el emperador Constantino I decretó en el año 321 que el domingo sería día festivo semanal en todo el imperio. En este contexto es históricamente seguro que el primer concilio ecuménico enseñó la centralidad de la resurrección en la celebración de la Pascua. Fue a partir de esta centralidad desde donde se fueron fijando, de acuerdo con los relatos evangélicos, las celebraciones litúrgicas del Triduo sacro (Jueves, Viernes y Sábado Santo).

Nacimiento y desarrollo de una impresionante religiosidad popular en torno a la Semana santa

A partir del *Edicto de Tesalónica* (380), por el que el emperador Teodosio declaró el cristianismo como religión oficial del Estado, se hicieron frecuentes los desfiles procesionales, que ya habían empezado a celebrarse bajo Constantino El Grande. Estos cortejos escenificaban el triunfo de Jesús resucitado y el triunfo del cristianismo y se parecían mucho a las ceremonias del Triunfo con que Roma homenajeaba a los generales victoriosos y del mismo modo que en el Triunfo el cortejo iba encabezado por las insignias de las legiones vencedoras, el cortejo procesional iba, y sigue yendo, encabezado por la Cruz vencedora (lábaro).

La cristianización medieval del espacio y del tiempo

En la expansión del cristianismo a partir del siglo IV, para lograr el fin irrenunciable de *cristianizar las conciencias*, la Iglesia utilizó, además de la predicación, dos estrategias bien definidas: la *cristianización del espacio*, poblándolo de iglesias, cruceiros, ermitas y topónimos cristianos, y la *cristianización del tiempo* sustituyendo las festividades paganas por festividades

cristianas, creando así días y tiempos sagrados. Dentro de esta cristianización del espacio y del calendario, surgió la ocupación del espacio público con procesiones y representaciones de la pasión de Cristo en las fechas inmediatamente anteriores a la Pascua. El carácter de estos desfiles con presencia de imágenes y personajes bíblicos era fundamentalmente de *catequesis visual*, necesaria para una población casi al cien por cien analfabeta. Pronto, los sentimientos penitenciales, tan cultivados en el medioevo, produjeron la incorporación de penitentes a los desfiles, incluso de auto flagelantes, tan exhibicionistas en algunos casos que el III Concilio de Letrán (1179) obligó a que todos los flagelantes desfilaran con un hábito que impidiera ser reconocidos. Es decir, la estructura básica de las procesiones actuales estaba ya fijada a finales del siglo XIII.

Tras la reforma protestante (primer tercio del siglo XVI), que negaba el culto a las imágenes, se produjo en toda la cristiandad un florecimiento espectacular de la imaginería religiosa que encontró sus mejores clientes en los cabildos, municipios y cofradías. Durante los siglos XVI-XVIII florecieron en España grandes talleres donde se tallaban y estofaban los monumentales pasos de Semana Santa, algunos de extraordinario valor artístico, que cuatro siglos después seguimos admirando y cuya contemplación procesional atrae cada año millones de personas.

La desacralización de la sociedad y sus efectos en la Semana Santa

Desde el siglo XVII (emancipación de la ciencia), pasando por el siglo XVIII (emancipación del pensamiento), el XIX (positivismo) y el XX (laicismo e indiferencia) hemos llegado a nuestro tiempo en el que el principio de comodidad, hedonismo y no riesgo preside gran parte los comportamientos humanos. La Semana Santa ha experimentado, lógicamente, todas las influencias de este proceso general de secularización.

Hubo intentos de cambiar el calendario cristiano por calendarios civiles, pero ninguno de ellos alcanzó su propósito: el calendario revolucionario francés (1791) sólo duró trece años, pues Napoleón

restauró en 1804 el calendario cristiano. El calendario soviético sólo duró once, de 1929 a 1940. Más éxito parece haber tenido la descristianización de las fiestas en Uruguay (1919), donde a la Semana Santa se la denomina Semana del turismo y la Navidad día de la familia. El cambio de nombre no ha calado en las bases, pero sí la conducta no cristiana que con el cambio de nombre se pretendía. En España se conservan los nombres cristianos pero no podemos decir que, para gran parte de la sociedad, la Semana Santa signifique otra cosa que vacaciones y ocio. Lo que no pudieron los fervores anticristianos exteriores al cristianismo lo consigue con facilidad desde dentro nuestro hedonismo y comodidad.

II. **VALORACIÓN: LEGITIMIDAD DEMOCRÁTICA Y DEBER PASTORAL DE CELEBRAR PÚBLICAMENTE LA SEMANA SANTA**

El espacio necesariamente limitado de un editorial nos obliga a ser en la valoración de la actual Semana Santa tan sucintos como en su descripción. Por eso nos limitamos a enunciar una serie de proposiciones que expresan nuestros juicios de valor y que sometemos a nuestros lectores para que las validen o refuten con sus propios argumentos:

1. *La secularización en sí misma no es un cataclismo sino un bien para la sociedad y para la Iglesia. Gracias a ella, la humanidad ha crecido en autonomía, comprensión y dominio del mundo. Puede incluso entenderse como el progresivo desarrollo del ser humano hasta cumplir aquel precepto del Génesis: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gn 1, 28).*
2. *El laicismo que arroja la religión de los espacios y tiempos públicos constituye una vulneración del derecho civil de manifestación. El ejercicio de este derecho por una confesión religiosa no puede tener límites más restrictivos que los que se imponen a otro tipo de manifestaciones.*

3. *La Iglesia tiene el deber pastoral de conservar y potenciar la significatividad de todo el enorme testimonio popular de fe que se articula en torno a la Semana santa. Sería absurdo desandar el camino que con un balance muy positivo como propedéutica de la fe, se ha andado a lo largo de la historia. En consecuencia, las teorías que aceptan como inevitable la religión invisible deben ser estudiadas como acicate para la reflexión, pero no como pautas deseables de conducta.*
4. *La primacía de la liturgia sobre la religiosidad popular es un axioma incuestionable. Solo la liturgia, estrictamente regulada y dotada de universalidad temporal y espacial, garantiza la legitimidad y perennidad de la celebración de la fe y, por tanto, debe ser siempre el faro que oriente todas las celebraciones populares.*

III. PAUTAS DE ACCIÓN LAICIDAD POSITIVA Y CENTRALIDAD DE LA PASCUA

La Iglesia está comprometida en las dos tareas a que alude el título de esta tercera parte del editorial: *ad extra*, exigir del Estado una *laicidad positiva* que, en vez de obstaculizar, proteja como un bien civil, histórico y actual, las manifestaciones religiosas durante la Semana Santa y las defienda de contra-manifestaciones coincidentes con ellas; *ad intra*, acentuar la centralidad de la Pascua, ante el predominio que la celebración de la muerte que predomina en la religiosidad popular y que ha sido denunciada por el papa Francisco como una «Semana Santa sin Pascua».

Es urgente contrarrestar la creciente indiferencia religiosa; de no hacerlo, ni la regulación civil de las manifestaciones religiosas públicas ni la deseable centralidad de la Pascua podrán invertir el sentido del camino hacia la insignificancia. La pluralidad celebrativa puede contribuir tanto a frenar la indiferencia como a aumentarla. Todos los agentes pastorales, incluyendo en ellos a las cofradías, deben crecer en entusiasmo e imaginación para que se produzca lo primero y se evite lo segundo.

Dicho todo lo anterior, concluimos haciendo nuestras las palabras del papa Francisco en su mensaje de Cuaresma y Semana Santa de 2015: «Cuando la Iglesia terrenal ora, se instaura una comunión de servicio y de bien mutuos que llega ante Dios. Junto con los santos, que encontraron su plenitud en Dios, formamos parte de la comunión en la cual el amor vence la indiferencia. [...] Haz nuestro corazón semejante al tuyo» (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia. ■